

Ernesto Martín Reche

CAMPO SANTO

Camposanto

La hierba recién cortada y los cuidados árboles que adornaban los caminos exteriores del parque invitaban al paseante a meditar olvidándose de la ajetreada vida en la ciudad. Sin embargo, normalmente nadie iba a pasear por aquel parque o a disfrutar de los dones más primarios y sencillos de la madre naturaleza. Por eso, el habilidoso paisajista que lo había diseñado, se había esforzado para que su obra transmitiera la paz y el sosiego que aquel lugar requería.

Todas las zonas verdes eran simétricas y estaban cruzadas por pequeños paseos adosados con enormes piedras planas que permitían caminar cómodamente sobre ellas con cualquier tipo de calzado. A intervalos regulares se elevaban árboles que en ningún caso superaban los dos metros de altura, ya que, de otra forma hubieran resultado demasiado ominosos y habrían oprimido el ánimo de los paseantes, cosa que había que evitar a toda costa precisamente en aquel lugar.

Sólo había dos edificios en el hermoso parque, dos edificios que rompían con la paz y la simetría del paisaje. Uno era una enorme capilla, situada aproximadamente en el centro. El templo poseía unas líneas suaves y estilizadas, rompiendo con la arquitectura tradicional. Las dos alas del tejado nacían directamente de la tierra y se unían desafiantes en una línea ligeramente combada, como si el peso de la enorme estructura hubiera hundido la parte central. El extremo frontal estaba rematado con una cruz blanca que se alzaba hacia el firmamento en un vano intento de alcanzar en la tierra la divinidad simbólica que le concedían los hombres. Sin embargo el edificio que más llamaba la atención no era la moderna iglesia que, pese a todo, parecía haber llegado a un pacto con el parque que le daba cobijo.

El edificio que atraía todas las miradas nada más llegar al parque era un gigantesco bloque de hormigón que parecía haber sido dejado al azar por un niño travieso. En un extremo de la lisa extensión verde, apartado de la iglesia, como si hubiese sido construido contra toda voluntad, se elevaba una enorme estructura de color gris. Era completamente cuadrangular y tenía más de dos docenas de puertas alrededor.

Aquel era el edificio hacia donde Mario se dirigía aquella fría tarde de noviembre.

Era martes, otro martes más en la insulsa vida de Mario. Otro día sin motivo y sin consecuencia, otro día sumido en su infierno, sin más consuelo que el que hallaba en la muerte.

Mario había salido a dar un paseo por la verde hierba que adornaba el cementerio. Era necesario que cada cierto tiempo cambiara de sitio, pues de otra forma podía levantar sospechas. Sin embargo ya había dado un paseo de dos horas y empezaba a sentirse cansado y asqueado, como siempre.

Enfundado en el largo abrigo que había conseguido algunas semanas atrás en el albergue municipal, se acercó al tablón que había en uno de los laterales del enorme tanatorio gris y empezó a leer detenidamente los nombres de los fallecidos que pasaban sus últimas horas en las tanatosalas rodeados de familiares y amigos.

Muchas veces los envidiaba aunque no siempre había sido así. Hacía muchos años, una eternidad según su propia noción del tiempo, Mario había tenido aspiraciones.

De joven había querido ser actor y había llegado a actuar con algunas compañías, siempre haciendo papeles menores y sin mucha repercusión. Finalmente llegó el día en que hubo de cambiar las bambalinas y los aplausos por la enseñanza y durante algunos años impartió clases de interpretación en una academia de arte dramático... Sin embargo todo aquello había quedado muy atrás. De la misma manera en que se había evaporado todo lo bueno que tenía en su vida, poco a poco se había desvanecido el hombre de sonrisa amplia y mirada clara que una vez había sido. Se había marchitado, día a día, dejando que la amargura y el dolor llenaran el vacío que había dejado su alma al morir.

Si separásemos el mundo en blanco y en negro, en dos categorías simples que dividiesen a los hombres, tendríamos por un lado a la “sociedad”: hombres, mujeres y niños que buscan la compañía de sus semejantes, que se mueven en círculos por un mundo cerrado en el que cada día se reduce a una dura jornada de ataduras y desencuentros pero, también, en el que cada uno posee un lugar por derecho propio. Estas personas se enfrentan a diario con infinidad de problemas como, no llegar tarde a trabajar, encontrar aparcamiento para el coche, hablar con la maestra del niño o el examen del jueves que viene...

En el otro lado estarían los marginados: Gente que no posee ningún derecho propio salvo la libertad, el hambre y el frío... No sería fácil determinar cuando cruzó Mario la delgada línea que separa ambos mundos. Quizá fue el día en que Verónica, su esposa, decidió que era mejor pasar su vida con un hombre rico que con uno enamorado, quizá fue el día que un crítico escribió: “jamás vi un Calixto tan sublime como en la representación de la compañía Zuibar. Sólo Sempronio empañaba la buena marcha de la obra ya que su interpretación era floja, deslavazada y carente de la más mínima clase”. Lo cierto es que un día Mario perdió todo interés por la vida, o más bien adquirió un cierto disgusto por ella. Un desagrado que desembocó en amargura y, finalmente, en un profundo rencor hacia todo y hacia todos, especialmente hacia aquellos que aún forman parte de la “sociedad”.

Pocos meses después de ser despedido de la academia en la que trabajaba de profesor, Mario, tuvo que dejar el apartamento en el que vivía y empezó a deambular por las calles de la ciudad.

Era una ciudad grande, impersonal, una ciudad en la que la “sociedad” se sentía a gusto. La gente que vive al otro lado de la línea, aquellos que no están marginados, la encuentran encantadora, cosmopolita e incluso, en cierto sentido, acogedora.

Para Mario, al igual que para otros muchos en la misma situación que él, resultaba un frío mundo de metal, hormigón y cristal que se extendía hacia todas partes como el peor de los cáncers.

Con la mirada nublada por el cansancio y el hambre Mario escogió un nombre. No le sonaban mucho los apellidos y parecía alguien extranjero... los extranjeros siempre eran más sencillos, nadie sabía a quién podía conocer un extranjero. Con gesto mecánico se alisó el pelo, encanecido desde hacía varios años, y compuso su expresión más seria, la misma que una vez empleara para representar a aquel Sempronio de “La Celestina”, sonrió para sí mismo con amargura pensando que en los velatorios no había críticos cínicos afilando sus estilográficas, eso sólo ocurría en el teatro, al otro lado de la frontera.

Arrastrando los pies, con la espalda encorvada, y una mano apoyada en el pasamanos, Mario, entró en la espaciosa habitación del velatorio. Aquel recinto, destinado a dar la última despedida, estaba impregnado del llanto y los lamentos de

miles de personas. Alguien, seguramente un subalterno del cementerio con más aspiraciones que buen gusto, lo había decorado con algunas mesas bajas de madera y un par de jarrones con flores de plástico que, sin mucho éxito, trataban de paliar la atmósfera impersonal y aséptica del lugar.

Familiares, amigos y conocidos daban el último adiós a alguien que había dejado este mundo para ir a quién sabe qué lugar. Pero para Mario sólo eran gente de la “sociedad” despidiendo a otra gente de la “sociedad”. No podía sentir lástima por los que se iban, de la misma forma que ellos no sentían lástima por él. Si escuchaba atentamente su corazón, si examinaba sus sentimientos lo único que podía encontrar era odio y envidia.

Odio, porque no había otro sentimiento, otro afecto, que pudiera sentir desde hacía muchos años, desde que Verónica le abandonara y con ella cualquier afecto por esa gente, por esa sociedad en la que un día había estado inmerso. No podía plantearse sentir de otra forma porque el odio era lo único que le mantenía en pie, la única fuerza que le sostenía. Y envidia porque, al menos ellos, podían alejarse del mundo que tan mal le había tratado, sin más ataduras, sin más rencor...

Hacía tiempo, poco después de empezar a visitar el cementerio, cuando se percató de que realmente envidiaba a aquellos que dejaban este mundo, Mario se planteó, por primera vez en su vida, el suicidio como una posibilidad real. Sin embargo la había desechado casi al instante. Nunca había sido un hombre especialmente valiente, pero el suicidio se le antojaba una forma demasiado cobarde incluso para él. No, no era esa la respuesta que buscaba. Aunque envidiaba a los “afortunados” que dormían en sus cajas de madera pulida y brillante, cubiertos por sábanas de seda y satén, sabía que tendría que esperar su hora como cualquier otro. Incluso la espera le daba un cierto encanto a la muerte que él no podía arrebatarse, simplemente, quitándose la vida.

Las tanatosalas del enorme edificio gris eran distintas unas de otras. Algunas grandes y amplias, formadas por una única estancia repleta de sillones, con vistas a la habitación acristalada en la que descansa el difunto. Otras más pequeñas pero formadas por varios habitáculos, donde los familiares pueden retirarse de la “vista” del muerto para sentarse y hablar.

La sala en la que entró Mario aquella tarde de martes era espaciosa y con varias estancias. Mario prefería las salas grandes. Un solo vistazo al recibidor le permitió al actor fracasado reconocer el ambiente melancólico que solía reinar en todos los velatorios. Como siempre la gente se reunía en pequeños grupos, las voces eran distintas cada vez, pero siempre decían cosas parecidas, “Era tan bueno”, “Aún no era su hora”, “Estaba tan llena de vida”, “Le echaremos tanto de menos”, “Ella te quería tanto, hace sólo unos días decía...”. Las variantes son casi infinitas y Mario las conocía todas. Durante tres años había saltado de un velatorio a otro haciendo sólo breves escapadas, de un día o dos, al albergue municipal. Sólo cuando necesitaba una ducha, algo de comida extra o ropa “nueva”, sólo en esas contadas ocasiones, Mario dejaba su “puesto” en el tanatorio.

Algunas miradas curiosas se volvieron hacia él, que caminó entre ellos sin prestarles atención. Mario llevaba el pelo canoso peinado hacia atrás, todos los días pasaba media hora en los lavabos alisándose, adoptando el aspecto de uno de ellos. Sus ropas no estaban demasiado gastadas, arrugadas, pero no viejas. Siempre procuraba conseguir la mejor ropa en el albergue, y pese a que su rostro aparentaba ya los sesenta, aún se movía como un hombre de treinta. Mario sabía lo que tenía que hacer. Había representado aquel papel desde hacía tres años y en ninguna ocasión le había fallado la

compostura. Con paso firme se encaminó hasta la vitrina tras la cual descansaba el fallecido y compuso su rostro más apenado. Durante unos segundos permaneció allí, de pie, observando la cara pálida del desconocido, envidiando su suerte, deseando estar en su lugar y acabar con aquella farsa que representaba desde hacía años. Aquel era, con diferencia, el peor momento de toda la representación. Mario tenía que hacer un verdadero esfuerzo para que toda la amargura que inundaba su cuerpo no le desbordase y le empujase a cometer alguna locura como gritar o reír a pleno pulmón. ¿Qué derecho tenía aquella gente a hablar de tristeza? ¿Qué clase de pena podían sentir comparada con la suya? Para Mario en aquella sala había dos muertos, el pálido cadáver de pelo rojizo que veía a través de la vitrina y él mismo, un hombre que había sido incapaz de sentir nada cálido desde hacía demasiado tiempo como para considerarse vivo.

Después de observar al difunto durante cinco segundos, más habría sido extraño y menos indecoroso, se llevó la mano derecha, en un gesto cuidadosamente estudiado, al rostro y se cubrió los ojos durante tres segundos más. Aquella pantomima había sufrido algunas variantes insignificantes a lo largo del tiempo pero básicamente era la misma que había empleado la primera vez que había entrado en el tanatorio buscando un lugar cálido donde dormir.

Tras exhalar un suspiro apenas perceptible se encaminó hacia la nueva viuda.

En general Mario prefería a los viudos, solían mantener una fachada de calma que le permitía mantener una cierta distancia al dar el pésame, sin embargo en aquella ocasión se trataba de una viuda. Era una mujer de tez morena y rasgos latinos, quizá el hombre se había enamorado del país y por eso se había casado con ella, o quizá había sido al contrario, se había enamorado de ella y después había decidido quedarse en el país. La mujer había pasado la treintena y avanzaba valientemente hacia los cuarenta, sin embargo aquel día en concreto no ofrecía precisamente su mejor rostro. Su cara estaba anegada de lágrimas y por la expresión vacía de sus ojos era evidente que había amado a aquel hombre más de lo que una frase pueda expresar. Durante una fracción de segundo, Mario estuvo tentado de sentir lástima... sin embargo, mientras se acercaba a la viuda, veía los rostros de las personas que había alrededor. Eran gente. Estaban dentro de la "sociedad"... no podía sentir lástima por ellos. Todos eran parte de un mundo que le estaba vedado, contra ellos sólo podía albergar resentimiento y odio. Él había formado parte una vez de aquel círculo vicioso que era la vida entre la "gente normal", había comido, bebido y reído con ellos. Pero ahora todo eso estaba fuera de su alcance. Lo único que le quedaba era su pantomima, un personaje anónimo e inexistente que paseaba como la sombra de un fantasma de un sepelio a otro. No, definitivamente no podía sentir lástima, sus ojos se endurecieron y con un leve y hueco "Lo siento mucho" susurrado al oído se despidió de la mujer.

Ahora podía sentarse en cualquiera de las sillas de la tanatosala y dormitar durante un par de horas. Mario se había dado cuenta de que después de darle el pésame al familiar más cercano todos los presentes asumían que él era uno de ellos. Otro conocido del difunto, quizá un pariente lejano: "Sí, tiene su mismo corte de cara" había escuchado más de una vez.

Lo único que tenía que hacer era sentarse y poner su cara más compungida, dejar que los demás se habituaran a su presencia, que lo aceptaran como uno más y esperar que el sueño le venciera. Después de unas horas nadie extrañaba al hombre con abrigo que estaba allí dormitando: "pobre, han sido muchas emociones en poco tiempo...", "seguramente ha venido desde lejos y el cansancio le ha rendido"... A veces algún

conocido del difunto le traía un café o un tentempié por que “es mejor que haga un esfuerzo y coma algo o caerá enfermo”.

Era muy raro que alguien le hablara o le preguntara quién era. Normalmente la gente que formaba pequeños grupos hablaban entre ellos o se dirigían sólo a los conocidos que aparecían fugazmente por el velatorio. En ocasiones, Mario, había visto como el último adiós se había convertido en una animada reunión social para algunos, llena de risas y sonoras palmadas en la espalda, la gente de la “sociedad” no podía evitar ser así.

Pero incluso cuando alguien decidía romper el mutismo del que se rodeaba Mario un simple, “le conocí hace ya muchos años” o “soy pariente de su viudo”, bastaba para alejar cualquier sospecha. El incómodo silencio al que Mario invitaba a sus fugaces visitas bastaba para alejar rápidamente cualquier compañía.

Aquel martes que empezaba a rendirse para dejar paso al miércoles no parecía aportar nada nuevo. Todo transcurría como siempre. Mario llevaba veinte minutos sólo en el cómodo sillón que había elegido para dormir. La calefacción estaba cerca y en poco tiempo esperaba que la oscuridad le arrancara del mundo para llevarle al olvido. Con un poco de suerte quizá no soñase nada, sólo oscuridad y olvido...

Las tinieblas comenzaban a arremolinarse al borde de su conciencia mientras el murmullo de la gente se desvanecía en sus oídos. Mario se encontraba en ese estado que precede al sueño en el que la mente parece alejarse de toda realidad física, en aquel instante lo único que Mario deseaba era alejarse de todo y de todos, aunque sólo fuese por unas horas, emborracharse con la aterciopelada indiferencia que siempre le acompañaba durante el sueño. Sumergirse en esa sensación que, para él, era como el vino para el borracho o el opio para el adicto.

Algo cálido rozó su mano. Su espíritu se resistía a volver a la realidad sin embargo, con la mente aún embotada, abrió los ojos. Delante de él una niña pequeña, de unos cinco o seis años, toda vestida de negro, le observaba con la curiosidad propia de los niños. Tenía la tez morena y sus rasgos eran una versión en miniatura de los de la viuda, sin embargo su pelo rojizo era claramente herencia de su difunto padre. Mario aún debía estar un poco atontado por el sueño cuando observó a la pequeña por que, por primera vez en muchos años, se encontró frente a frente con una mirada tan limpia e inocente que le resultaba imposible componer una máscara de indiferencia ante ella.

“¿Tu eres amigo de mi papa?”

No había artificio alguno en aquella pregunta, sólo una sincera curiosidad. Una necesidad de saber que nada tenía que ver con la elaborada y vacía cortesía social que exhibían los adultos normalmente. Aquella criatura era transparente como el cristal y a través de ella sólo se veía una profunda tristeza que ni siquiera la pequeña comprendía aún. Era evidente que la niña sabía que algo malo había ocurrido, pero aún no había asimilado la magnitud y las proporciones de los hechos. Durante unos instantes Mario se preguntó qué hacía una niña tan pequeña en el tanatorio. No era muy habitual que un niño fuese a un velatorio, normalmente se quedaban en casa con algún pariente. Mario podía contar con los dedos de la mano las veces que había visto un menor en un velatorio. Quizá aquella familia tenía sus propios puntos de vista sobre cómo educar a un niño acerca de la muerte, o quizá nadie había pensado demasiado en la pequeña.

Ella seguía mirándole casi sin pestañear. De repente, Mario, sintió que tenía que decir algo. Aquellos ojos pedían, de manera dulce pero inflexible, una respuesta. Durante un instante más dudó. ¿Qué debía decir? ¿Más mentiras? ¿Otra actuación? Aquella mirada suplicaba... No, exigía sinceridad, casi tanta como la que transmitía.

Sin embargo Mario había sido actor durante demasiado tiempo, casi toda su vida. Así que componiendo su mejor sonrisa logró articular un débil “Sí”.

“Mama dice que papa se ha ido... ¿tu sabes dónde se ha ido?”

Instintivamente, Mario, desvió su mirada hacia la habitación contigua. Allí estaba la cristalera y, tras ella, el ataúd del padre de la pequeña. Cuando volvió la vista hacia ella se dio cuenta de que la niña no seguía su mirada. Seguramente la chiquilla aún no había visto a su padre en el ataúd, incluso era probable que la mayoría de los parientes evitaran que la niña se acercara a la habitación desde donde podía verse al difunto... La pequeña le seguía observando con expectación.

“Tu padre...”

Desde que “actuaba” en el cementerio, a Mario, nunca le había faltado una buena frase. Siempre sabía improvisar, siempre tenía las palabras adecuadas. Sin embargo, en aquella ocasión dudó y su voz se quebró en un ronco graznido. De nuevo se preguntó qué debía decirle a aquella niña, a aquella pequeña desconocida, que le miraba como si pudiese leer en lo más profundo de su gastado corazón. Había pasado algo, durante un instante, no sabía por qué pero algo cálido había rozado su mejilla. Quizá era tan sólo un recuerdo de un tiempo pasado, quizá había sido la respiración de la pequeña que había recorrido el escaso medio metro que les separaba para posarse sobre su rostro marcado por el tiempo y la tristeza.

De nuevo trató de hilar las palabras...

“Tu padre se ha tenido que ir muy lejos.... Todos tenemos que ir allí alguna vez y, creo, que no es un mal sitio...”

Ambas miradas seguían enredadas la una en la otra. Una parte de Mario, la más oscura sin duda, deseaba fervientemente que algún adulto se llevase a la pequeña lejos de él. Otra sin embargo deseaba que aquella mirada no le soltase jamás. La carita redonda asintió con suavidad, como si las palabras de Mario hubiesen tenido la virtud de hacerle entender un misterio insondable.

Las manos de Mario reposaban en su regazo, la una sobre la otra. Eran unas manos ásperas, curtidas por el frío viento de la calle. Esas manos habían rebuscado entre la basura y los desperdicios de la gente, habían sostenido cosas muertas y otras malolientes y, aunque siempre ponía especial cuidado en su higiene y las lavaba a conciencia, Mario sentía que sus manos seguían sucias y malolientes siempre. Por eso, cuando la chiquilla acercó su mano con intención de coger la del desconocido, el primer impulso de éste fue retirarse. No obstante el sillón no daba muchas posibilidades de retirada y la pequeña, dando un paso más hacia él, colocó su manita sobre la de Mario.

“¿Puedes contarme cosas de mi papa?”

La mirada de la niña empezaba a enturbiarse por algunas lágrimas furtivas que deseaban escapar de su prisión. Algo se quebró en el interior de Mario, meses después

juraría que incluso había oído un crujido, como cuando echamos bebida caliente sobre un cubito de hielo. Por primera vez en muchos años, Mario sintió algo en lo más profundo de su pecho. Algo que siempre había estado allí pero que hacía demasiado tiempo que estaba dormido. Primero con un gran esfuerzo, casi de forma tímida e imprecisa, un latido resonó en su interior, después otro y, de forma tan sutil como la llegada de la primavera o el agua escapando entre las manos, la vida comenzó a inundar su agotado cuerpo.

Débilmente al principio pero con más firmeza a cada palabra que pronunciaba, Mario, comenzó a hablarle a su nueva amiga.

“Tu padre era una buena persona, eso lo sabría cualquiera con sólo mirarle a la cara. Yo le conocí hace muchos años, cuando era joven y tú aún no habías nacido. El siempre decía que quería tener a una preciosa princesa, una niña pelirroja de tez morena. Por eso sé que, antes de irse, conoció la felicidad...”

No sabía decir cuanto tiempo estuvo hablando. Continuó su narración incluso después de que la pequeña, sentada ya sobre su regazo, cerrara los ojos y se quedara dormida.

Continuó hasta que las palabras se agotaron en su garganta y su voz se convirtió en un ronco murmullo. Lo hizo por que sabía, lo sentía en lo más profundo de su ser, que sus palabras seguían arrullando a la pequeña en su dulce sueño. El cansancio había desaparecido, Mario se sentía sereno, en paz con el mundo e incluso consigo mismo como no lo había estado desde hacía mucho.

Con un pequeño esfuerzo se levantó del sillón llevando aún a la pequeña en brazos. Y la llevó hasta la habitación contigua. De nuevo, como cuando había entrado por primera vez en aquella sala, era consciente de las miradas de los presentes, esta vez incluso la viuda le miraba fijamente.

Con paso firme y con la pequeña dormida aferrada a su cuello se puso frente a la vitrina donde el difunto descansaba plácidamente. Ahora los ojos de Mario eran distintos. Ya no sentía envidia, celos ni odio contra aquella persona. De alguna forma, como cuando despertamos de un mal sueño, o cuando observamos el mundo con un cristal tintado, todo era distinto. Los que le rodeaban, aquellos que aun le miraban expectantes, habían dejado de ser mera “gente”. De alguna forma, comprendía que ellos nunca habían tenido la culpa de sus pesares, más bien al contrario, eran la clave hacia una salvación a la que antes era ciego. Mario era consciente de que había cruzado otra línea, otra frontera, aunque en esta ocasión no estaba seguro de hacia dónde. Sólo sabía que se alegraba de haberla cruzado y que ya no había marcha atrás.

Su voz, apenas un susurro, cruzó la estancia con una claridad que nunca había tenido sobre los escenarios.

“Tu padre se ha marchado pequeña princesa, pero estará siempre a tu lado, no lo dudes nunca.”

La pequeña no abrió los ojos pero su sonrisa se ensanchó lo suficiente como para que el corazón de Mario volviera a latir con fuerza, mostrándole un amor y una dulzura radicalmente distintos de las oscuras pasiones que le habían envenenado el alma durante aquellos años.

Con sumo cuidado, Mario, depositó a la pequeña en los brazos de su madre y besó las frentes de ambas con mucha delicadeza. En aquella ocasión miró los ojos de la

viuda y, como le había pasado con su difunto marido, no vio en ellos motivos de envidia u odio. Esta vez las palabras brotaron cargadas de emoción.

“Lo siento mucho”

La mujer, acunando ligeramente a su pequeña, asintió con una débil sonrisa en su rostro. Mario observó durante un instante aquel hermoso rostro inundado por la pena y grabó la imagen en su mente para que, a partir de entonces, le acompañara en su nueva vida.

No sabía lo que haría desde esa fría noche de noviembre, quizá tendría días malos en los que volvería a odiar el mundo con todas sus fuerzas, quizá de vez en cuando sus palabras sonaran huecas y vanas, pero después de aquella noche no había vuelta atrás. Algo en su interior había cambiado de forma irremisible y, por una vez, sabía que su vida se encaminaba hacia un sitio mejor.